



ROSA DE LOS VIENTOS

Ednodio Quintero

Del Libro "Volveré con mis perros", Monte Avila Editores, 1975.

142

"Así pues, me contengo y ahogo el clamor de mi oscuro sollozo" RILKE.

La disposición simétrica radial de pájaros y peces da origen a una extraña rosa de los vientos. Por el norte: un candelabro de bronce. Me parece absurdo que sea ésta una de las últimas imágenes —quizá la última— por las que habré de recordarlo. Habría resultado más apropiado labrar en la madera la figura de un caballo, alto reluciente, galopando en la inmensidad de una llanura anaranjada. Nadie, sin embargo, logró penetrar los secretos del jinete. Insisto, sin fatigarme, en lo inapropiado de ese símbolo marino: no le cuadra, niega su condición de animal de la sierra con el viento y el sol habitando sus entrañas, desde siempre soplando y calcinando sus entrañas. Tal vez la figura del caballo de madera podría conducirnos a una nueva equivocación: no debemos olvidar que él nada tuvo que ver con Troya. No es menos cierto que ni en sueños conoció el mar, ni habitó ninguna isla, ni siquiera en la infancia construyó un barquito de papel. No es de extrañar entonces la sensación de náusea y desamparo que me produce la rosa de los vientos.

Aturdido retrocedo tres pasos. A esta distancia los objetos adquieren nuevas dimensiones, ofrecen otras perspectivas, se bañan de una luz cambiante y progresiva, extraño fulgor que me envuelve y me arrebató. Aprieto los ojos y surge dentro de mí un chorro de imágenes desesperadas y confusas. Una calurosa tarde de agosto mi madre me conduce de la mano por un parque, un anciano bajito la saluda con un gesto, ella no sonríe, no sabe sonreír, hijo es la hora del regreso, caminamos y ya no es la calle ni la mano muy fina de mi madre, del pozo azul turquesa emerge el cuerpecito desnudo de mi prima Beatriz, los peces le han arrancado los ojos y trae entre los dientes una flor amarilla, me la ofrece con una sonrisa y ya no soy más que un perro oscuro revolcándose frente a un espejo roto.

Y la rosa de los vientos ya no es una lámina clavada sobre el ataúd sino un adorno bordado sobre la chaqueta de un amigo querido que desde muy lejos ha venido a saludarme. Afuera en la vereda, la moto color sangre, inquieta lo espera, y aquí su mano enguantada se posa sobre mi hombro, cálida como un pájaro. Observo que no se ha despojado del casco y trato de inclinarme imitando un remoto gesto de agradecimiento, y mi rostro enflaquecido, turbio y ojeroso, rebota desde el fondo de sus lentes, oscuros, flota en la superficie y se va disolviendo poco a poco hasta no ser más que una lámpara apagada. Luego de un intervalo que no me atrevería a precisar reaparece más atrás, fresco y renovado, y no es mi rostro de ahora sino el recuerdo lacerante de ese mismo rostro levantado hacia el cielo en otra calurosa tarde de mi infancia y el pájaro negro desprendiéndose del cielo como una pedrada gritando en la caída como si al verme me hubiese reconocido y ya no le quedasen dudas sobre el destino de sus picotazos ahí viene y hacia mí dirige sus garras y es su pico amarillo manchado con la sangre de mi frente acosado me defiende como puedo torpemente con el brazo izquierdo protegiéndome los ojos y con el puño cerrado de la mano derecha golpeando el aire tratando de apartar aquel animalejo furioso (los aletazos, en sueños, muchas veces regresan lastimándose la cara) que ahora aferrado a mi cabellera insiste en perforarme el cráneo escarba tenazmente como si pretendiera arrancarme algún secreto y yo desvanecido chillando dando vueltas girando convertido en un ovillo de gritos entiendo la cara entre el polvo y trato de olvidar y en la puerta de otro sueño escucho el disparo y el ruido de pasos que se acercan: ahí está él inclinado sobre mi cuerpo, con un pañuelo humedecido en agua fresca me limpia las heridas y suelta una frase que nunca llegué a comprender, "los pájaros son así", me seca las lágrimas, "no te preocupes, apenas fue un rasguño", como a un muñequito de trapo me levanta y, silbando él, humeante la escopeta, nos alejamos en dirección a la casa. Mi amigo ha cruzado el umbral y todavía siento el mi hombro el peso de su mano enguantada. También, debo reconocerlo, conservo el vaho tibio de su despedida, y el sonido preciso de la última frase rebota en mis oídos suave como el viento que se desliza entre los árboles, tiempo de morir, hermano, y en cada nuevo soplo entiendo

mejor cómo logra interpretar la intensidad de mi dolor, en qué medida alcanza a identificarse con mi mundo, se lo agradezco y desde la tranquilidad asquerosa de este aposento agito un pañuelo blanco en señal de despedida, un imaginario pañuelo blanco que él no puede contemplar pues jinete sin espuelas galopa a cien kilómetros hora sombreando el canal rápido de la avenida.

Ha llegado otro amigo y con él mi ración de angustia. Fumamos afuera, en el patio, alejados de las otras visitas, refugiados a la sombra refrescante de un naranjo. Son las dos y cuarto. El sol hiere las baldosas. El humo del cannabis no alcanza a disolverse en el aire, penetra muy adentro, rastrilla la garganta, y su aroma exquisito se confunde en el tiempo con el incienso de otro rito, ajeno, ruin, tal vez más corrompido, y se mezcla no sé dónde con el olor a laurel y rosas muertas chorreando del cuerpo de mi madre. Pienso que esta ceremonia, sencilla y cotidiana, no me aleja de la muerte ni me mueve por azar (o por capricho) a experimentar cariño u odio o cualquier otra forma de desprecio por el cuerpo de aquel gigante pequeño tendido boca arriba en mitad de la sala. Beatriz como Shelley murió ahogada y mi amigo repite con insistencia una frase de Rilke "Así pues, me contengo y ahogo el clamor de mi oscuro sollozo". La onda lo arrebató y otra vez soy un perro oscuro revolcándose frente al mismo espejo.

Hay cosas que no me esfuerzo en comprender. Entenderlas sería atravesar una dolorosa barrera y encontrarme al otro lado con mi propio rostro ausente y desolado. Por eso escapo azul como un caballo en llamas y emprendo veloz carrera en dirección a los pasadizos donde me acechan las variantes insospechadas de mi destino. Recorro entonces a las torpezas de un aprendiz de ciego. Y a menudo el tiempo es una burla o el inicio de una carcajada. A voluntad puedo prolongar la duración de un instante: alargarlo hasta el límite de lo insoponible, de la misma manera puede acelerarlo: imprimirle tal velocidad de forma que en determinado momento se pueda incluso dudar de su existencia, el proceso suele ser tan rápido que la memoria es incapaz de registrarlo. No sé, en verdad, cuál de las dos variantes prefiero, no lo sé. Así, el grupo informe que se acerca rodeándome en semicírculo tardaría meses en salvar la corta distancia que nos separa o acaso desistieran del intento rebasados por la enorme magnitud de la exigencia. Y si miramos desde el otro lado los veríamos acercarse veloces, muy veloces, atropellándose entre sí como aves muy audaces, y antes de que mis manos se levanten para detenerlos los sentiría desparramarse frente a mí como agua de lluvia, como polen.

Pertenezco a la estirpe de los animales de mirada profunda, privilegio éste que me permite penetrar el secreto de las más caras, conozco su origen y entiendo las razones de los que mo-

vidos por el afán de parecerse a sí mismos se valen de ellas para proclamarlo. Las de hoy, patéticas, ruines, lacerantes, parecen arrancadas de una antigua y oscura tragedia, giran, se arremolinan, se acercan escrutándome, retroceden fustigadas por la fetidez de mi aliento, vuelven a la carga y se atreven a tocarme con sus dedos asquerosos, me dan golpecitos en la espalda, cuánto lo sentimos, estamos realmente conmovidos, paciencia amigo, los designios del altísimo son inalterables, no encontramos palabras adecuadas para expresar el profundo pesar que nos embarga, y muestran orgullosos su hilera de dientes podridos y los lentes oscuros escondiendo la risa de los ojos. Algunos se retiran y forman pequeños grupos, charlan y encienden cigarrillos. Una anciana pañidera aúlla rabiosamente en un rincón, se hala los cabellos y se estremece como si un enorme animal le hurgase las entrañas, su llanto no me toca pues en ningún momento logro asociar la figura de esa arpa macilenta con las manos fuertes o la mirada penetrante del gigante pequeño que desde la madrugada se ha retirado a descansar. Ahora el hombre de corbata negra —ignoro cuál de ellos, pues todos, tal vez de común acuerdo llevan esa prenda— me observa de reojo, me distraigo intentando recordar el color indefinible del cabello de mi prima Beatriz y el hombre me mira sin disimularlo —acaso no se trata del mismo inquisidor y la confusión se explique por el continuo desplazarse de mi único punto de referencia: aquella prenda oscura, abominable— buscando en algún lugar oculto de mi cuerpo el estigma de culpabilidad, insistiendo en encontrarlo como si los inquisidores de corbatas negras le hubiesen confiado esa responsabilidad. En silencio lo maldigo tres veces y a duras penas logro contener el remolino de náusea que acude presuroso a mi garganta. Asqueado me retiro hasta un extremo del salón junto a la ventana grande que da al patio, cierro los ojos y apoyo la frente contra el vidrio, y me veo de pronto plantado en el centro de la sala iniciando los primeros pasos del baile de los vengadores, convertidos en un extraño animal nutrido de rabia y de rencor, con mis propias manos destrozó el cajón de madera y con las astillas construyo filosos puñales (Beatriz flota suplicante sobre la espesa superficie de un lago sin fondo y mi madre carcomida de silencio oculta el rostro entre las manos), me doy vuelta y los dirijo contra los visitantes, apuntando siempre a la zona más sensible: el corazón, unos van cayendo como ratas en un pozo de aceite y otros logran escapar a través del agujero de la puerta, y antes de que el canto del algún pájaro parado en la pared del patio llegue hasta mí como una campanada —ahora mi frente apenas roza la superficie del cristal helado— se van desmoronando en el aire cobrizo de las tres de la tarde, se riegan en el viento como agua de lluvia, como polen.

Admito que no fui capaz de acumular suficientes razones para despreciarte y el odio es un sentimiento ajeno a mi naturaleza. La revelación de esta afirmación me hace suponer que fuiste siempre un extraño y explica, sólo en parte, las motivaciones de mi dejadez, de mi abandono. Hay algo más, lo sé o al menos lo presiento, sin embargo puede decir que casi nada me ata a tu recuerdo. Así, cualquier otro viaje menos

memorable, digamos a la esquina en busca de cigarrillos, habría dejado en mí la misma sensación de indiferencia. Es triste decirlo pero no me duele. Y las pocas cosas por las que habré de recordarte (excluyendo la imagen alucinante de la rosa de los vientos) no son más que fragmentos muy dispersos de una pesadilla ya olvidada, de un sueño que no me pertenece, pues cambiamos constantemente, adaptándonos a las variantes de la adversidad, las mordeduras del viento, los nuevos caprichos de los pájaros.

El picotazo en la frente cicatrizó en pocas semanas y la cicatriz fue barrida por una ráfaga de viento fresco, el rocío de la hierba y el sol amarillo cayendo a pedazos sobre las colinas. Se trataba del mismo sol que cada tarde iluminaba el extremo sur del corredor, detalle éste carente de significación a no ser por la presencia cada vez menos frecuente del cuerpo adormecido de la madre sacudido levemente por el vaivén de la mecedora. No muy lejos, él, sentado en un pequeño banco de madera, en silencio limpia la escopeta. Y a través de la amplia ventana que da al patio surge la voz fresca y susurrante de Beatriz, sus labios tejen una canción muy triste, más que una canción es un lamento, un grito: el anuncio de un largo día de golondrinas verdes y lagos de ceniza. Sí, porque el tiempo de los espejos rotos ya había comenzado. Beatriz penetró en él una tarde de agosto, callada, famélica, ojos de animal acorralado, y permaneció el tiempo suficiente para que el aroma exquisito de su cabellera, sus labios venenosos y el clamor oscuro de su cuerpo se hicieran día a día más insoportables

144

Beatriz no alcanzaba los catorce años y era alta, amarilla, de una hermosura tranquila y sosegada. Con frecuencia me acompañaba hasta la puerta de la escuela y en las tardes de mucho calor jugábamos en el patio de los naranjos o alegres corrimos por el sendero de los bucares en dirección al río. En una ocasión mientras contemplábamos las luces del atardecer, ella, de improviso se levantó la faldita celeste y señalando su montón de gramita oscura y reseca me dijo en un tono extraño, tal vez premonitorio: "este es el camino, la verdad y la vida, esta es la puerta del cielo y del infierno". Descalzo él atravesaba la sala y caía como un perro sediento sobre el cuerpo luminoso de mi prima Beatriz, la buscaba y en cada embestida la encontraba radiante, nueva, enfurecida, y él, hundido hasta el alma, aturdido se dejaba ir por un camino de limo, cenizas y agua miel, y al final de la madrugada guiado por el canto de los últimos gallos regresaba agotado y silencioso al aposento de mi madre. Y ella no lo pudo soportar, contra sus creencias buscó ayuda en los libros de hechicerías, pero los bebedizos y los zahumerios no dejaron huella en aquel cuerpo de gigante pequeño que en las noches la abandonaba sin haberla tocado siquiera para regresar extenuado al amanecer después de haber cruzado siete veces la puerta del cielo y del infierno. Mi madre nunca llegó a sospechar que de los ojos de Beatriz fluía un río de ternura satánica —la imaginaba cándida, inocente.

víctima de los caprichos de su hombre—, ignoraba que el olor a hierba recién cortada que brotaba del cuerpo de la muchacha había despertado los mil pájaros de la locura dormidos en la memoria del viejo, como una bandada de mariposas negras atravesaba el cuarto del hijo muy querido y se regaba afuera en la noche haciendo rabiarse a los quince perros. Pero el tiempo de los espejos rotos había terminado y el otro río —el verdadero, el que se arrastraba al final del sendero de los bucares— abandonó en sus orillas como a un tronco cualquiera el hermoso cuerpo desnudo, amoratado, sin vida.

Beatriz murió ahogada y los latigazos llovieron incesantes sobre las espaldas de mi madre, y ella los aceptaba con resignación como si se tratara de un castigo del cielo pues en el fondo de su conciencia se depositaban como vidrio molido los sedimentos de la culpa, de una culpa no apoyada en el recuerdo de haber deseado alguna vez la muerte de la muchacha sino en la sonrisa de alivio que brotó de sus labios al conocer la trágica noticia. Razonamiento de una simplicidad exasperante. Nudo.

Siete años después cuando cumplí los dieciocho supe que el aire del caserón se hacía irrespirable y una radiante madrugada de marzo, acompañado por el murmullo de los primeros gallos, escapé del pueblo. Y la ciudad me recibió con una carga de violencia ajena a mis previsiones, después se olvidó de mí y tranquilo vagué en las noches por sus calles, conocí sus esquinas, frecuenté sus burdeles, más tarde me oriné en sus parques y me masturbé en la oscuridad de sus templos. La ciudad entonces se arrastró a mis pies como una perra zalamera. Confundida entre las voces y las risas de falsas amistades fue desapareciendo la imagen ya lejana de mi pueblo. Y para abrir aún más las ventanas del olvido las noticias de allá llegaban cada vez más distanciadas: y así una tarde de mucho calor, en medio del bullicio incesante de un partido de fútbol, me enteré a viva voz de los labios asquerosos de mi primo lejano que mi madre agobiada de tristeza había muerto en los primeros días del mes pasado.

A menudo suelo caer en sutiles, a veces horrendas contradicciones. Es una cualidad inherente a mi naturaleza proteica. El proceso en sí es por demás difícil de explicar: desconfío de los espejos, abomino de las mañanas de lluvia. Al referirme a tu viaje dije que no habría algo memorable por lo que pudiera quizás recordarte, sé que dije algo parecido, y sé también que con toda intención aludí a la rosa de los vientos. Y si después me empeñé en la descripción de imágenes que podrían tomarse como evocativas no fue mi propósito hacerlas resaltar ni atribuirles trascendencia. A decir verdad sólo me afincó en impresiones, en ocultas sensaciones que surgen de improviso, nítidas, reveladoras, como señales fosforescentes en un camino de tinieblas. Debo reconocer que omití tal vez deliberadamente —o acaso por olvido, no estoy muy seguro— cualquier alusión a la tarde del pájaro agresor. Poseo razones para silenciar mis gritos y me resisto por ahora a revelarlas. Basta: he rebasado el límite asqueante de la confidencia: basta. Sólo

me resta decir que la presencia acusadora de Beatriz no es más que una constante. Adiós.

Breve relación cronológica sobre los últimos días de un Asesino de Perros:

La inesperada aunque explicable muerte de mi madre pareció no afectarle, sin embargo su recuerdo despertó en él extraños sentimientos apagados Profanador De Pesadillas enterró el látigo y se transformó de nuevo en el conductor de la jauría Jinete de Mirada Profunda y así una tarde sin lluvia envenenó catorce de los quince perros y como otro animal herido se arrastró por el patio hasta el extremo soleado donde se depositaban los vestigios de una mecedora Asesino De Perros puso en venta casa, muebles, ventanas, baúles y un pedazo de alma y el caballo no lo pudo vender pues los caballos muertos difícilmente encuentran compradores Subastador De Porquerías al tercer día buscó el sendero de los bucares construyó un puente y en pocas horas dejó atrás viento, árboles y río Fugitivo De La Memoria muy pronto alquiló una habitación en el barrio de las putas como enorme ventana a la calle rosada almanaque con paisajes suizos y un colchón de hojas secas para satán el perro Ciudadino De Mierda un sábado u otro día cualquiera armado de la senil escopeta recorre los caminos del parque en busca de pájaros oscuros tatuados en el verde de las ramas Verdugo De Aves frente al espejo se cuelga del recuerdo mortificante de mi prima Beatriz.

su rostro multiplicándose en la superficie lisa de un par de espejos paralelos: ojos como dos brasas amarillentas ardiendo en el fondo de un lago de mercurio: nalguitas metálicas, maleables, seda, con el color y el olor de un racimo de naranjas: tибos pezoncitos nacarados: cabello flameando al viento como pañuelos negros, bandada de pájaros oscuros

y sus manos largas antiguas derrumbrosas resbalan a un ritmo torpe confuso y casi sin sentido Masturbador Fugaz y Fatigado y así la madrugada lo sorprende con los labios fríos y apretados y las huellas de la extraña mensajera son señales de ceniza que culminan en mi puerta el llanto de la bella prostituta me refresca y me arranca del letargo "señor el perro ladró toda la noche y en la mañana nos vimos obligadas a derribar la puerta" voy despertando y las líneas precisas del rostro de la mujer me lastiman como cuchillos empapados de luz Beatriz! grito y ella parece no escucharme como si aquel nombre le resultase hartamente familiar o por el contrario no fuese más que un sonido extraño rebotando contra la mañana "en mi casa señor hay una sala grande, la hemos acondicionado de la mejor manera, dos docenas de sillas metálicas, flores de papel y candelabros de bronce, mis compañeras han rociado los rincones con agua de rosas y laurel, se han puesto sus mejores vestidos, cada una lleva en el pecho una orquídea morada y adornan sus cuellos con collares de perlas, cadenas de oro y camafeos de marfil, ahí esperamos todas la hora de tu llegada, no faltes, él no te lo perdonaría, no, no te preocupes por los gastos, él era muy generoso con

nosotras, sí, la última casa de la calle rosada, hasta luego" gracias amiguita adiós Pequeño Gigante Lujurioso el juego ha terminado y con el golpe de la puerta surgen babeantes las cuatro hienas de la soledad con pasos de pez se han apoderado de las cuatro esquinas de la habitación y ahí permanecen vigilantes como oscuras estatuas de porcelana me niego a aceptar su presencia irritante y camino en dirección al baño orino con todas mis fuerzas doy vuelta a la llave del agua fría y mi memoria se desplaza por corredores de hielo ten calma espérame tranquilo pues en un par de horas estaré a tu lado Asesino de Perros.

Mientras me inclino sobre el montón de tierra fresca y mi reloj marca las cuatro y media pienso —si es que a esta horrible confusión de imágenes se le puede llamar pensar— que aunque me lo propusiera, aunque hubiese formulado un juramento sagrado sobre los cadáveres hinchados de mis catorce perros, no podría nunca desatarme de los hilos de este recuerdo laceante. Es inútil, lo sé, y me pudre carecer del valor suficiente para actuar de otra manera. Siempre he soñado ser un pájaro: arriba el cielo es un espejo, pero mi cuna fue una jaula estrecha, gallo desplumado de Platón girando ciego alrededor de rosa de los vientos: me envuelve un remolino anaranjado y el color indefinible del cabello de mi prima Beatriz no es más que el recuerdo de un charco nauseabundo y ya no puedo disociar el olor a laurel y rosas muertas de los aullidos agónicos de la jauría, sí, arriba el cielo es el mismo espejo y el pájaro sediento se desprende como una pedrada, hunde su pico afilado en la piel blanda de mi cráneo, torpes mis brazos giran en el aire y al final de la escena el gigante pequeño se aleja balanceando la escopeta. También, en otro sentido se han alejado los hombres de las palas.

145

Ya no siento sed ni en mis bolsillos anidan peces de colores. La ración no ha sido suficiente para asesinar un caballo por lo tanto es SOPORTABLE. Y el origen de la rosa de los vientos ustedes lo conocen. Y si mis manos me sirvieran algo más que para masturbarme las usaría entonces como garras y escarbaría con ellas en el montón de tierra fresca, escarbaría hasta que no me quedaran uñas y escarbaría sin uñas hasta que no me quedaran manos y escarbaría sin manos hasta que sólo me quedarán mis muñones sangrantes y con labios y dientes destrozaría la rosa de los vientos y en un acto de ternura salvaje me abrazaría al cuerpo de mi padre. Pero soy hijo de la rabia y si me he inclinado sobre el montón de tierra fresca no ha sido más que para vomitar.

Tranquilo, muy tranquilo abandono el cementerio, hoy no llueve, alto susurran los sauces, no sé a quién se le ocurrió plantar aquí árboles tan tristes, mañana lloverá, a las tres en punto asistiré a mi clase de historia, algo de los griegos, Edipo o quizás cuarenta naves negras, acaso el arco de Odiseo, no sé. Al pisar la calle creo descubrir, confundida entre los autos que se cruzan, la sonrisa de la bella prostituta que esta mañana me despertó con la noticia, era su amiga, creo, no estoy seguro, me dijo que se llamaba Beatriz y que tocaba un poco la guitarra, un día de estos la visito.